

Notas para un perfil del escritor

Simón Alberto Consalvi

Simón Alberto Consalvi es periodista egresado de la Universidad Central de Venezuela, tiene Master of International Affairs (Columbia University), cursos y seminarios en el Latin American Institute y en la School of History (Columbia University). Fue embajador de Yugoslavia, en las Naciones Unidas y en los Estados Unidos de América. Fue también presidente del Consejo de Seguridad de la ONU, ministro de Relaciones Exteriores, ministro de la Secretaría de la Presidencia de la República, ministro de Relaciones Exteriores, presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, director de la Revista Nacional de Cultura, fundador de *Monte Ávila Editores* y de la Revista *Imagen*. Diputado y Senador de *La República* y Columnista y Director de diarios y revistas. Es individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, presidente de la revista digital *Venezuela Análítica*, presidente de la Fundación *Rómulo Betancourt*, presidente de la Fundación *Alberto Adriani*, y presidente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores. Entre sus obras se encuentra: *Diario de Washington*; *Ramón J. Velásquez, la historia y sus historias*, *La paz nuclear (ensayos de historia contemporánea)*; *De cómo el primer Canciller de Juan Vicente Gómez instituyó al Ministro Plenipotenciario en Washington*, entre otras.

Provisto de un excepcional dominio de cuanto ha acontecido en el suceder venezolano desde los días coloniales hasta el momento actual, Mijares ha acometido durante largos años, a través de sus libros, ensayos y artículos, la revisión de las virtudes públicas de que no ha carecido Venezuela, con el designio de formar un corpus de principios que deben sentar tradición.

Pedro Grases,
Prólogo / *Lo afirmativo venezolano*, 1980.

Un perfil intelectual de Augusto Mijares es quizás demasiado ambicioso como enunciado. Su obra es muy vasta y diversa y por los temas y asuntos que abordó, sin duda compleja.

Ensayista, historiador, biógrafo, novelista. Escribió innumerables ensayos, *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana* es el más relevante, tanto por el texto que da nombre al volumen como por su conjunto.

De ensayos son también sus libros *Hombres e ideas en América*, *La luz y el espejo*, *Lo afirmativo venezolano*, *Longitud y latitud*, *El último venezolano*. Escribió la introducción a los papeles de la *Insurrección de Juan Francisco de León / La oposición de las provincias de Caracas y Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana*, proceso que

estudió a fondo; el estudio preliminar de *Derechos de la América del Sur y México* de William Burke; la introducción a *La Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830 / Misión de José Rafael Revenga como Ministro de Hacienda*, y el muy largo ensayo que abre los tres volúmenes de las *Obras* de Juan Germán Roscio. Estos trabajos ensayísticos o monográficos testimonian su profundo conocimiento de la historia venezolana. Escribió, además, *La evolución política de Venezuela / 1810-1960*, *El Libertador* (biografía de Bolívar) y la novela *Los adolescentes*.

Augusto Mijares fue Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, y de la Academia de la Lengua. En 1947 ingresó a la primera con un estudio sobre Fermín Toro y la Ley de 10 de Abril de 1834. Le respondió a su discurso de incorporación el Dr. Cristóbal L. Mendoza. Ingresó a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales en 1960 con su ensayo *El Proyecto de América*, o lo que pudiéramos llamar una visión "pesimista" de Europa, una réplica (obviamente), donde presenta a los europeos y a sus monarcas de modo patético, con las mismas pinceladas de pintura negra con las que desde el viejo mundo se veía a los latinoamericanos: a Jorge III de Inglaterra (que perdió las colonias de América por torpe) declarado

loco; Luis XVIII de Francia, tenía muchos vicios, ninguna virtud; Alejandro de Rusia, vesánico inspirador de la Santa Alianza; Federico Guillermo de Prusia, hombre desleal que se ganó el desprecio de todos sus aliados; Francisco de Austria (dejó todos los asuntos en manos de Metternich) y se dedicó a las liviandades de la vida. A partir de ahí, sentadas esas premisas, podríamos comenzar a hablar de los defectos y barbaridades de América Latina. Con absoluta reciprocidad.

Arturo Uslar Pietri constestó el discurso de Mijares:

Su obra valiosa y de ascendrada madurez, es el mejor testimonio de su calidad excepcional. Con su clara, severa y elegante prosa nos ha traído las reflexiones que ha formado ante la contemplación de la vida nacional y el estudio de la historia.

Al ingresar a la Academia Venezolana de la Lengua, (1971) presentó su ensayo *Vida romántica y romanticismo literario*. Al responderle, Luis Beltrán Guerrero hace una observación pertinente sobre la visión de Mijares en torno a la periodización de la historia venezolana y sus inexactitudes:

Gil Fortoul había delineado: Oligarquía conservadora, de 1830 al 48, y de allí hasta el 63, Oligarquía liberal. Mijares, con muy buenas razones, rectifica: Gobierno deliberativo, de 1830 al 46, y de allí, Gobierno personalista. En 1848 no se realiza la sustitución de una clase por otra, ni de un partido por otro; tampoco gobernó hasta el 48 un partido conservador. Soubllette y Michelena son liberales tanto en

economía como en política. Fermín Toro es un socialista utópico. Ni se puede llamar conservador a Vargas, menos a Antonio Leocadio, que actúa en el gobierno hasta el 40. Por otra parte, Mijares encuentra en el iluminado maestro del Libertador, tan sensatas ideas como avanzadas utopías; y en Baralt, un pujante espíritu liberal limítrofe con el marxismo en la forma dialéctica de entender el progreso histórico.

Dentro del universo variado y múltiple de su obra, he escogido tres de sus libros para esta reflexión del centenario: *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, la biografía de Bolívar, *El Libertador* y la novela *Los adolescentes*.

I

LA INTERPRETACIÓN PESIMISTA DE LA SOCIOLOGÍA HISPANOAMERICANA

En el *Boletín de la Biblioteca Nacional de Venezuela* (enero-marzo de 1936), Augusto Mijares publicó su ensayo *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Acababa de morir Juan Vicente Gómez y en el país se iniciaba apenas un período de interrogantes que, poco a poco y con enormes dificultades, se fue definiendo como una etapa de transición democrática. En 1938 apareció en libro y en 1952 Afrodisio Aguado, de Madrid, llevó a cabo la 3ra. edición notablemente enriquecida.

La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana

es uno de los textos capitales de este siglo en nuestro país. Es un ensayo de tantas implicaciones que bastaba para consagrarlo en el mundo de las ideas como uno de los intelectuales de mayor profundidad y solidez en el conocimiento de la historia y de las teorías latinoamericanas, y en la defensa de los valores permanentes del venezolano. Refuta la tesis que llamó con razón "pesimista" de que nuestros países estaban fatalmente destinados, por muy diversos factores, a la anarquía, al caos político o a su antítesis, el despotismo. Que en otras palabras, estaban vedados para los latinoamericanos los regímenes democráticos, los gobiernos representativos, y que de la inestabilidad sólo podía librarnos la mano fuerte y severa del caudillo.

Era la tesis postulada en Venezuela desde comienzos del siglo por Laureano Vallenilla-Lanz con su obra *Cesarismo democrático* y por Pedro Manuel Arcaya, en algunos ensayos, y reiterada por la adhesión personal de tan notables pensadores al régimen de Juan Vicente Gómez. Aun cuando otros escritores venezolanos abordaron de manera circunstancial el tema del caudillismo y del "gendarme necesario" para cuestionar o discrepar de esa tesis, sólo Augusto Mijares la abordó como una cuestión esencial y sólo él hizo de sus análisis y reflexiones de historiador y de sociólogo el

gran desiderátum de su vida de pensador. El estudio sistemático que es *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, como los diversos textos que confluyen en la misma argumentación definen el pensamiento de Augusto Mijares.

Es cierto que Mariano Picón-Salas, en una conferencia juvenil en 1918 (en Mérida, a los 17 años) cuestionó la tesis del “gendarme necesario” y que en su ensayo *Tesis y antítesis de nuestra historia* reitera sus puntos de vista contra la tesis del cesarismo. Pero en todo caso, abundan más los silencios (sistemáticos) que los cuestionamientos (sistemáticos), y en la historia de las ideas los silencios no se escapan de las lecturas. Las voces del silencio son algo o mucho más que la metáfora de André Malraux. Aludo, desde luego, al ensayo teórico y a la interpretación histórica, y no a la novela o a formas literarias complejas como las *Memorias de un venezolano de la decadencia* o los panfletos de Rufino Blanco Fombona, Pío Gil, o las proclamas del destierro.

Picón-Salas refutó tanto a Vallenilla-Lanz como a Arcaya por las connotaciones venezolanas de la tesis y por la vinculación con Juan Vicente Gómez de sus postulantes. No lo hizo así Augusto Mijares: prefirió mantenerse en un mundo teórico más allá de la cuestión eminentemente venezolana o sea, la del “cesarismo democrático”

como antifaz del general Gómez. El ensayista quiso darle una validez teórica a su interpretación de la historia, eludiendo quizás la contaminación de la controversia inmediatista. Al analizar el pensamiento de historiadores como Angel César Rivas, Caracciolo Parra León y Caracciolo Parra-Pérez sobre el régimen colonial español y sus formas institucionales, (que llama “felices puntos de vista”), Mijares considera que “... en Venezuela ha proliferado también, con manifiesta inconsecuencia, la interpretación pesimista de nuestra sociología”. Mijares da la clave de por qué opta por esa alternativa:

No entro, sin embargo, en el estudio de estas apreciaciones porque casi todas son posteriores a las que aquí analizo; y, sobre todo, porque muchas están ligadas a determinados regímenes políticos, y su refutación adquiriría, inevitablemente, carácter de polémica de corto alcance.

Mijares opta por la cuestión eminentemente teórica, eludiendo lo que llama tesis elaboradas “con fines inmediatos y nada científicos”, aunque propone al mismo tiempo no considerarlas o presentarlas como “engendros de mala fe”. Quizás obró en su actitud una cierta elegancia intelectual: Vallenilla-Lanz estaba lejos y en vísperas de morir en París, y Pedro Manuel Arcaya, aunque recio y combativo, ya no tenía “césar” que postular, porque el general López Contreras había tomado un camino diferente y salvaba al país de la “anarquía” por otros métodos, y se convertía

con sus huesos alargados y su voz ronca, con su imponderable astucia y su maquiavelismo admirable, en la primera refutación real de la tesis del “gendarme necesario”.

Evidentemente, los años finales del gomecismo son para Mijares años de reflexión y de estudio, puesto que un ensayo de esa naturaleza y de esas dimensiones no es ni puede ser producto de “inspiraciones”, ni de improvisaciones, sino de muy lentas indagaciones, de muy pertinaz y persistente desasosiego. Mijares lo escribe entre los 35 y los 37 años, y publica su versión inicial en enero de 1936, bajo los auspicios de Caracciolo Parra León, entonces director del *Boletín de la Biblioteca Nacional*.

¿Qué llevó al escritor a abordar un tema tan fundamental y tan poco analizado con sentido crítico? Veamos sus razones:

Lo importante es que la interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana ha llegado a constituir una verdadera tradición intelectual en el Continente; o sea, que la tesis que quizá podría desdeñarse en sí misma, merece atención como manifestación constante del pensamiento continental; puede que su propio autor no haya sido sincero al lanzarla, pero sí la admiten de absoluta buena fe numerosos lectores, y forma un ambiente de apreciación colectiva que le da auténtico carácter sociológico. Ese es su verdadero peligro y el punto de vista desde donde se debe juzgar.

Estudiar un problema histórico, piensa Mijares, equivale a estudiar un problema contemporáneo. La historia venezolana

no presentaba sino un panorama que oscilaba entre las dos manifestaciones de la fuerza material: la anarquía o el despotismo. Cualquier otro esquema, proyecto o aspiración, eran desechados como desvaríos exóticos, atentatorios contra el único recurso: la fuerza. Era una tesis muy vieja en el mundo. Mijares viaja a sus orígenes: Hobbes, José de Maistre, Taine, en el antiguo Continente, y en América Latina, Alberdi, Sarmiento, Ayarragaray y esencialmente Francisco García-Calderón, autor de *Las democracias latinas de América*. Piensa que las "consecuencias vitales que tiene entre nosotros la interpretación de la historia" tiene implicaciones que no son posibles desdeñar, ni conveniente. "Esa consideración (dice) y el deseo de refutar aquellas doctrinas han sido hasta ahora el objeto de mis estudios históricos". Cuando lo expresa de modo tan explícito, - objeto de mis estudios históricos-, quiere darnos a entender que investigaba y analizaba con un propósito bien definido, con un propósito de esclarecimiento y comprensión.

Mijares confiesa que sus reflexiones sobre la condición de los pueblos latinoamericanos tuvieron un punto de partida en una conclusión de Bolívar: en la tradición civil que tuvo sus raíces en la época colonial. Así expresa:

He llamado de la "sociedad civil" esa tradición republicana y legalista que es a nuestro juicio la fundamental de América, para

enlazarla a un juicio del Libertador que fue la primera revelación que tuve de aquella realidad sociológica. "Nosotros somos -decía Bolívar en su conocida Carta de Jamaica-, un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil .

Viejo en los usos de la sociedad civil, esto es, su cultura política y sus tradiciones sociales se enlazan a través de España con las más antiguas de la civilización occidental; y para prever su porvenir y su organización definitiva es imprescindible tener en cuenta esa herencia multiseccular que lo domina".

Para el momento en que Bolívar escribe su *Carta* todavía predominaba lo europeo; pero Bolívar había observado también su carácter propio, cuando lo señaló que "cercado por dilatados mares", había llegado a ser "un mundo aparte".

Lo era ya en ese momento (1815) antes de su emancipación, -observa Mijares-, y con esto Bolívar señala la existencia de una tradición peculiar nuestra que había comenzado bajo el mismo régimen colonial, y no era, por consiguiente, ni la tradición de barbarie caudillesca que después usurpó el nombre de tradición americana, ni un reflejo sin carácter de las costumbres metropolitanas.

El escritor alega que si la disyuntiva que se ofrecía era anarquía o coacción ilimitada, podía pensarse fácilmente cual podía ser la opción preferida; pero esta era una aproximación evidentemente sofisticada, desconocedora de la realidad y de la

tradición civil. Así concluye: "Cuando estos países recuperan después de la guerra su organización, su "estabilidad y continuidad", es porque se reanuda su tradición propia y vuelven a predominar las costumbres políticas y el orden social, que ya tenían un arraigo de siglos". Y agrega:

Hacia mucho tiempo que ya no éramos españoles, pero tampoco éramos boschimanos; habíamos dejado de ser europeos, pero conservábamos sus usos civiles, su organización social, no éramos salvajes; ni era la América -y esto es lo más importante- un conglomerado inorgánico de europeos y de salvajes, puesto que la continuidad y la coherencia de nuestra antigua sociedad civil habían persistido como un equilibrio básico.

En suma, el sociólogo piensa que es en la propia era colonial donde comienza una evolución social y política que va adquiriendo con el tiempo perfiles propios y la aleja, finalmente, de la percepción peninsular.

Para cerrar sus alegatos contra la interpretación pesimista, Mijares hace un resumen de las dos tesis opuestas de indudable solidez. ¿Qué y cómo piensan los teóricos de la tesis contraria? El ensayista la sintetiza de esta manera:

Para la época de la emancipación nuestros únicos antecedentes políticos eran "trescientos años de coloniaje oscuro y abyecto" (Alberdi). En las ciudades había una apariencia de organización civil, pero estaba profundamente viciada por el espíritu español (Sarmiento) y debe considerarse, en conjunto, como una comedia pomposa y ridícula (Ayarragaray).

“Según el mismo método, quiero proponer los puntos principales de la doctrina con que pretendo refutar aquélla”, escribe Mijares y responde:

Nuestros antecedentes políticos son, por la raza española que es la que ha predominado en la vida global del continente, los mismos antecedentes políticos de los pueblos europeos, con vicios que no son ni mayores ni diferentes en esencia (miseria e ignorancia del pueblo, clases privilegiadas egoístas, violación ocasional de las leyes, intransigencia política y religiosa, etc.).

La vida colonial no es, pues, sino la prolongación entre nosotros de la sociedad civil europea; pero con dos elementos peculiares muy favorables: la tradición de gobierno municipal y deliberativo que nos trajeron los españoles, y el espíritu de rebeldía oligárquica opuesto al absolutismo, que nos vino también con los conquistadores, pero que en el Nuevo Mundo se americanizó, se robusteció y adquirió nuevos títulos por la misma empresa de la conquista (Bolívar).

Otros textos del volumen profundizan sus argumentos e ilustran su tesis: *La historia y el carácter venezolanos juzgados por un sociólogo neogranadino, Formación de la nacionalidad venezolana / La tradición de la sociedad civil durante la Colonia, La oposición de las provincias de Caracas y de Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana, La crisis / Los caudillos, La tradición civilista y la guerra emancipadora / Bolívar, Gendarmes, La tradición de la sociedad civil durante la República, Bello, libertador, Liderismo y caudillismo, y por último, Oligarquía, partidos y camarillas.* En estos textos predomina la tesis

fundamental del escritor: el análisis de la sociedad civil durante la Colonia y durante la República.

En el ensayo *Gendarmes* el historiador hace la autopsia más implacable de las ambigüedades de José Antonio Páez con una precisión (si antes se decía de relojero, ahora diremos de físico nuclear). Analiza al Centauro en los años críticos de su biografía: 1814, 1816, 1818, 1819, 1822, 1823, 1824, 1826, 1830, 1835, 1846, 1848 y 1861. El gran caudillo desnudado por el historiador.

Tomemos algunos años al azar. 1826: por una parte simulaba lealtad a Bolívar y por otra diseminada la especie de que *Bolívar viene con un puñal en la mano*. 1835: Páez contribuye al derrocamiento del Presidente Vargas, contra todas las apariencias y su papel en la Revolución de las Reformas fue, cuando menos, equívoco. 1848: Páez contribuye a la derrota del candidato presidencial Bartolomé Salom y al entronizamiento de José Tadeo Monagas, a quien aloja en su propia residencia de La Viñeta y a quien mantiene prácticamente como rehén, y trata de derrocarlo meses después. 1861: Obliga a renunciar al Presidente Tovar y derrota al Presidente Gual, siempre en términos ambiguos, y asume la dictadura y envía al exilio al sustituto Pedro José Rojas, su consejero.

Para radiografiar la ambigüedad de Páez, Mijares cita

la terrible ecuación de Juan Vicente González: $26+35=61$, “con lo cual quiso indicar que la perfidia del año 61 tenía buenos antecedentes en los años 26 y 35”. Con todo, el historiador le reconoce a Páez innumerables méritos, “*la línea ascendente de perfeccionamiento que es su vida*”, por ejemplo. No consistía en desnudar a Páez el objeto de tan singular viaje por la historia. El propósito del sociólogo y del historiador era éste: “...sólo nos proponemos aquí destacar la actuación anarquizante y egoísta del Caudillo...”

Gendarmes, en suma, es uno de los grandes ensayos de la historiografía venezolana por su precisión y por su imaginación. Quizás sea también un buen método. Después de este ensayo, la *Autobiografía* de Páez no puede leerse sin su epitafio. No dudo de que Augusto Mijares se haya divertido mientras en este juego de ecuaciones le quitaba uno y otro disfraz al gran General, la “primera lanza del mundo”, verdadera lanza.

II

EL LIBERTADOR

En 1967, Augusto Mijares publicó *El Libertador*. Es, sin duda alguna, una de las mejores biografías de Bolívar. Pocos biógrafos como él se prepararon con tanto tesón para acometer el desafío. En primer lugar resalta su profundo estudio de la época

colonial: lo pone de manifiesto la continuidad de la argumentación que su análisis establece con sus planteamientos en *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Analiza el estado social de la Colonia, las rebeliones, las insurgencias y las conspiraciones del final del siglo: José Leonardo Chirinos, Juan Francisco de León, Gual y España. Las batallas contra la Compañía Guipuzcoana, la afirmación del poder de los alcaldes; contraponen el pensamiento político de los criollos (Roscio, por ejemplo) al pensamiento de grandes teóricos europeos como Montesquieu para quien “el azúcar sería demasiado caro si no se hiciera trabajar por esclavos la planta que lo produce”.

“Ese inapreciable ímpetu de la América hispana hacia formas de vida más amplias, inspiró a algunos estadistas españoles la idea de anticiparse a una ruptura violenta con estas colonias, mediante un sistema de gobierno que les diera cierta autonomía”, dice Mijares, y se refiere al proyecto del Conde de Aranda, “y después de él, hasta el mediocre Manuel Godoy pretende en sus Memorias haber visto el problema”, y tardíamente revela que tenía en mente un proyecto (inédito, desde luego) según el cual “en lugar de virreyes fuesen nuestros infantes a la América”. Mijares observa:

Demasiado audaz para el rutinario criterio de los borbones españoles; y muy poco para la América, que ya

se sentía republicana y democrática. Por eso tenía que ser esta parte del imperio español—en aquel momento, la más pujante y alerta— la que decidiera el rumbo en aquella cima donde ya se advertía la separación de las aguas.

El estudio de los primeros años de Bolívar, y sobre todo, sus años en Madrid a cargo, primero, de un tío (Esteban Palacios) a quien ponen preso misteriosamente, y misteriosamente lo liberan un año después sin que mediara palabra alguna, y luego a cargo del refinado e influyente Marqués de Ustáriz, dan la mejor visión del joven caraqueño y también de la desordenada monarquía española, de aquella Corte caótica de Carlos IV, María Luisa, la reina casquivana, y el favorito Godoy, y desde luego, el neogranadino Manuel Mallo, primer latinoamericano (y quizás único) que vengó todos los desmanes eróticos de los conquistadores en la alcoba de Su Majestad.

Mijares desconfía de la versión de O’Leary según la cual el joven Bolívar fue “testigo involuntario” de los encuentros de la Reina con Mallo. Pero en todo caso, tanto Esteban como Bolívar vivieron algún tiempo en la casa de Mallo; este había residido en Caracas y era íntimo amigo de aquel. El biógrafo cita una anécdota relatada por el embajador francés en Madrid que equivale a un retrato de ese tiempo español por donde se paseó el adolescente Simón Bolívar:

Refiere que asomados a un balcón del Palacio, el Rey, la Reina y Godoy, el Monarca preguntó de pronto: —Manuel, ¿quién es ese Mallo? Cada día lo veo con un nuevo coche y nuevos caballos. ¿De dónde saca tanto dinero? —Majestad, contestó Godoy, Mallo no tiene un ochavo; pero se sabe que está mantenido por una vieja fea, que roba a su marido para enriquecer a su amante. El Rey, reventando de risa, dijo a la Reina que estaba presente: —¿Qué dices de esto, Luisa? —Carlos, respondió la Reina, ya sabes que Manuel siempre está de broma.

La prisión de Esteban pone al joven Bolívar en manos del Marqués de Ustáriz, uno de los grandes del Reino, ilustrado y de mente reformista, de mente tan abierta que en los diálogos con el joven caraqueño no evadía la cuestión de la separación de la América del Sur, pero veía tan complejas sus implicaciones que habría bastado para persuadir a cualquiera, (piensa O’Leary) “que habrían entibiado el ardor de su joven compañero al no tener éste tan profundas sus convicciones”.

Bolívar se enamora y al poco tiempo se casa. Viaja a Venezuela lo más pronto (lo han hostilizado en la Corte, recuerda el biógrafo) y todos sus proyectos se concentran en Venezuela. La muerte de la esposa no le deja sin otra opción que la de ser un productor de café. Decide volver a Europa: en diciembre de 1803 desembarca en Cádiz. El análisis que hace Mijares de la escena europea (la Revolución francesa y sus derivaciones, la escena política y la escena de las ideas) no sólo es notable por el dominio y la visión que de ella tiene, sino por

la agudeza de sus observaciones sobre Napoleón Bonaparte y los fracasos revolucionarios. Piensa que el establecimiento de la República en Francia había sido contaminado por experiencias aterradoras, “pero este fracaso (observa) podía ser solamente circunstancial, puesto que en América las nuevas instituciones progresaban unidas a normas de trabajo, y de dignidad para todos, que seguían siendo un sueño para las sociedades aristocráticas de Europa”.

“Estoy tratando de pintar los encontrados sentimientos que Bolívar hallaría en Europa”, advierte el biógrafo. En Europa se perfila la política como el destino de Bolívar. En Milán tropieza otra vez Bolívar con Napoleón. Mientras Bolívar hace escala en Florencia, Mijares hace escala en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo y piensa que quizás allí el joven biografiado leyó por última vez al secretario florentino. Vendrá Roma y sus conocidos episodios y un improbable encuentro con el Papa Pío VII. Al regresar Bolívar a la América, visita los Estados Unidos: Charleston, Filadelfia, Nueva York; entonces (dijo después) “descubrí la libertad racional”. Estaba en la presidencia Thomas Jefferson, quien como ministro norteamericano ante la Corte francesa había conspirado contra el antiguo régimen y escrito papeles subversivos. “Bolívar debió ver con asombro (escribe Mijares) cómo el esfuerzo

individual era la medida de todas las adquisiciones”. Observaciones como ésta que se repiten a lo largo de la biografía le dan a la obra del escritor una connotación que la distingue esencialmente de los otros estudios de Bolívar.

Ese cuadro histórico de Europa se completa con la figura de un venezolano que entonces no pudo serle ajeno a Bolívar: Francisco de Miranda. Mientras Bolívar está en Europa ya Miranda ha deambulado por el Caribe con sus barcos sonámbulos. Cuando regresa a Caracas en 1807 el intento de invasión de Miranda era uno de los temas más ardientes de discusión política. Porque también esta biografía en gran medida es una historia de Venezuela, Miranda ocupa varios capítulos de la obra a partir del regreso de Bolívar, quien queda como en suspenso y es desde luego, lo lógico. Miranda se convierte en el protagonista: su biografía, sus hazañas europeas, sus conspiraciones, su ilustración, sus viajes, sus amores, sus diálogos con personajes mundiales, Catalina la Grande o George Washington. Mijares traza un retrato excelente del Generalísimo, y lo completa con pinceladas como la que del Precursor escribió John Adams, el sucesor de Washington en la Presidencia de los Estados Unidos. A Bolívar le toca esperar para volver a las páginas de su biografía: el biógrafo abre un paréntesis, la historia un compás...

Cuando Bolívar reaparece, reaparece con Miranda, en Londres, en 1810, su tercero y último viaje a Europa. Contra las resistencias que suscitaba en la Junta Suprema, Bolívar se ofreció para negociar la neutralidad británica; logró la misión porque ofreció pagar sus gastos. Fue a Londres, y contra el criterio también de la Junta Suprema, persuadió a Miranda para que regresara a Venezuela. Con suma ponderación y equilibrio, el historiador juzga los episodios y complejidades de la Primera República, la capitulación, la prisión de Miranda y su muerte, y la sombra siempre oscura del Marqués de Casa León, tan bien dibujado por Mario Briceño-Iragorry.

A partir de entonces, y hasta 1830, Bolívar será la primera figura de esta historia. Mijares analiza con ponderación sus hechos y sus ideas, sus utopías y sus contratiempos, con prosa sobria y elegante, con una documentación que respalda sus argumentos o sus puntos de vista. No elude ninguno de los complejos momentos de Bolívar. No cabe duda de que es uno de sus grandes biógrafos. A través de las páginas de *El Libertador* demuestra su profundo dominio de la historia venezolana y universal, de las ideas y de las doctrinas políticas; de ahí que pudo ambientar sus personajes en el contexto de su tiempo y darle a la biografía, ritmo, seducción y profundidad.

III

LOS ADOLESCENTES

En 1958, Augusto Mijares publicó su novela *Los adolescentes*, bajo el sello de las ediciones Ariel, de Barcelona. Cuando comencé a leer *Los adolescentes* tuve la tentación de pensar en el *Emilio* de Rousseau, *Emilio ó la Educación*. Desde luego que no tenía fundamento para establecer esa relación, pero se trataba de un educador, historiador y sociólogo que abordaba la novela como género, lo cual no era frecuente en sus escrituras. Si no estoy equivocado, *Los adolescentes* es la única aventura de Augusto Mijares en el mundo de la ficción. Pensar en Rousseau no quiere decir que pretenda establecer un parangón o una relación. No. Pero el enciclopedista utilizó el género para darle cauce a sus teorías y a sus ideas sobre la educación. Cuando JJR advirtió que no pretendió escribir un "tratado sobre la educación" es probable que quisiera decir que iba más allá, un ensayo filosófico, quizás, como lo piensa su biógrafo Maurice Cranston.

El *Emilio*, además, no iba dirigido a los padres y a las madres, sino a los sabios. Las prescripciones de JJR no dejan de ser novelísticas: sólo a la edad de 18 años se le puede permitir a un joven el estudio de la historia, una materia peligrosa que retrata lo malo en lugar de lo bueno. "Sólo

los malos adquieren fama, los buenos son olvidados o ridiculizados". "Los historiadores no se contentan con relatar los hechos del pasado, sino que pretenden conocer sus causas y le dan a su trabajo el color de sus prejuicios".

El *Emilio* demora para convertirse en ficción, pasan muchas páginas para que los protagonistas ocupen la escena. La reflexión se convierte en protagonista. En *Los adolescentes* los protagonistas a veces desaparecen y el sociólogo o el historiador ocupa el proscenio, como ha de verse. Las ideas de Mijares como sociólogo y como historiador dominan inevitablemente las páginas de la novela.

El protagonista de *Los adolescentes* se llama José Laurencio Silva. Cuando la novela abre su primera página está en la antesala de un ministro todopoderoso. El capítulo no se llama "puerta de entrada", sino "puerta de salida", como si allí pudiera leerse una cifra. Lo cierto es que se trata más bien de un "callejón sin salida", el callejón sin salida de la historia y de la sociedad venezolana de comienzos del siglo XX. Por la mente de Silva pasan todas las tragedias de su vida, resumidas en la disyuntiva moral que le establecía sus propias fronteras.

Un personaje muy distinto a él también espera en la antesala: llegó en un coche modernísimo:

Entusiasmaban estos coches de silenciosas llantas de caucho, recién introducidos en la capital; no se sentían al rodar (...) pero ruidosos y llamativos caballos solían arrastrarlos, y ruidoso era también el derroche de reflejos en el niquelado y la librea azul con altas botas amarillas y sombrero de copa que llevaba el auriga.

No se requiere decir más del personaje. Silva, en cambio, quiso en un momento cruzar las piernas y recordó que sus zapatos estaban rotos y hubo de permanecer en su posición original. Lo perturba la entrevista con el ministro, lo perturba, sobre todo, la respuesta que tiene que darle a lo que ya imagina como inaceptable. En torno a ese "no" inevitable van y vienen sus pensamientos, como una presentación de su vida. Ese "no" podía ser una traducción de soberbia, de vanidad, de egoísmo. "...contestaría no por falta de previsión, por tozudez; contestaría no por esa rutina de soberbia y narcisismo que había arruinado su vida".

Silva había sido hacendado y había perdido su hacienda por las guerras, los saqueos, las reclutas, los monopolios y las rapiñas, y había terminado refugiándose en su profesión de abogado en el bufete del Dr. López-Martínez. Un bufete de renombre y fama. El bufete justamente del ministro que en unos minutos debía recibirlo para hacerle una proposición... que él, el abogado Silva, no iba aceptar a pesar de que eso significaba condenar a sus hijas a la prolon-

gación de la miseria en que ya vivían. El Dr. López-Martínez se reservaba para sí los grandes juicios, pero tenía a su servicio otros abogados para las causas menos confesables.

Dice el novelista:

El doctor López-Martínez, con reputación de pericia y de honorabilidad indiscutible, tenía organizado su bufete en forma muy hábil: para sí reservaba los litigios de insospechable ética profesional y donde se podía granjear dinero y fama; pero no rechazaba tampoco multitud de asuntos de moral bastante dudosa—o por mejor decir, nada dudosa— los “asuntos de muchos recovecos”, según la jerga que en el propio bufete corría a media voz. Esos asuntos iban directamente a los subalternos, y eran éstos los que se encargaban del recorrido clandestino por esos callejones subterráneos, de los “tiros de viveza” que en ocasiones arruinaban a un hombre honrado o sacaban absuelto a un criminal.

Silva ascendió en el bufete y con el ascenso cayó en sus manos uno de aquellos “poderes”.

El asco y la cólera de Silva—dice el novelista— llegaron a adquirir proporciones de crisis morbosa. Pensar que ese formidable mecanismo de soborno, intimidación, de mala fe, funcionaba en la trastienda de aquel bufete que todos—él mismo— creían honorabilísimo; considerar que el bufete, su bufete, no era en esencia sino eso, y que lo que él creía realidad, la realidad que él mismo representaba, no era sino apariencia, una fachada, un engaño-bobos.

El antiguo jefe de su bufete lo ha recordado y ha recordado que está en la pobreza y piensa que es el hombre para un caso que tiene entre manos, y le será difícil rehusar. En la antesala, Silva

reflexiona con dramatismo en su país y en sus hijas, y sobre todo, en su hija soltera, María Celeste, radiante de belleza y de optimismo, a quien seguramente va a condenar a la pobreza con el “no” inevitable que le va a dar al ministro cuando quiera ponerlo al frente de uno de esos “poderes” para los cuales hace falta la fachada de un abogado honesto como José Laurencio Silva. Entra Silva al fin al despacho y a los pocos minutos sale, tan desconcertado que no acierta a abrir la puerta y el portero advirtió que el ministro no salió a despedirlo.

Silva va de retorno a su barrio, y piensa que ha recuperado la serenidad de su espíritu. El novelista escribe:

Aquel “no” lanzado a la cara del poderoso fue un acto de liberación que le había purificado el espíritu. Lanzó la vista; una luz dulce y rosada velaba el azul de los cielos, basta hace poco tan violento, y ponía en este atardecer un sonriente frescor auroral.

A los 55 años, Silva se siente adolescente. “En muchos aspectos no he pasado de la adolescencia: bien, nunca llegaré a ser totalmente viejo; tengo para bastantes años todavía algunos pensamientos jóvenes, algo de entusiasmo, ¿y por qué no? tengo fuerzas para indignarme y despreciar”, monologa consigo José Laurencio Silva.

En una de esas caminatas donde Silva reflexiona sobre Venezuela se tropieza con José Félix Paredes,

poeta y abogado, pero continuas persecuciones políticas -cárceles, destierros, a veces torturas- y el doloroso rumiar de las impresiones deprimentes que la vida del país le imponía, lo habían reducido a un estado de semi locura, dentro del cual giraba siempre alrededor de esos mismos pensamientos.

El diagnóstico venezolano de Paredes es trágico: él es como un espejo de Venezuela. Silva, a su turno, se ve en el espejo de Paredes.

Parecía fruto de un delirio frenético, pero era solamente la escueta verdad del país. Y comprendió que esa enloquecedora realidad era lo que explicaba tantos casos, como el suyo propio, como el de este doctor Paredes, en los cuales el patriotismo y el espíritu de sacrificio se exasperaban trágicamente y perduraban sin ninguna esperanza, contra todas las tentaciones.

El otro protagonista de *Los adolescentes* se llama Pablo Peralta, y acaba de regresar de París con su título de doctor en Medicina. “Amor prohibido” se llama el 2do. capítulo. Varía el tema, pero no varía lo que podríamos llamar el monólogo del novelista que de pronto repara que ha abandonado a su personaje y se ve obligado a decir: “Así pensaba o estaba pensando Pablo Peralta”.

Dos temas aborda aquí el novelista: el paisaje de Caracas, visto desde la ventana imaginaria de Pablo Peralta, descrito con indudable belleza, y el amor y sobre todo el amor prohibido, el de una mujer casada y el de una mujer pobre: Luisa de Ureña y María Celeste Silva. Entre esas dos mujeres naufragaba la pasión (o la

duda) de Pablo Peralta, y de una tercera, rica, desenfadada, segura de sí misma: Cándida Rosa Rodríguez. María Celeste Silva: una mujer exuberantemente bella, "pobre pero honrada". Un breve soliloquio del sociólogo o del psicólogo que escribe la novela se detiene en la definición, las complejidades y las implicaciones de ser "una muchacha pobre pero honrada". Pablo se preguntará si el sentimiento que lo ata a María Celeste es de ternura o de compasión, o un alarde caballeresco.

Ante el galán afortunado, el padre se inquieta o se angustia por el tipo de relación que pretenda Pablo Peralta con María Celeste. Es pobre. Pero su clase humana viene de lejos: del fundador de ciudades Garci González de Silva y de los Ustáriz que en tiempos de la Colonia se destacaron tanto en los círculos intelectuales... Silva quería librar o libraba un combate contra su propia humildad. Pero, ¿quién ha visto prosapia sin dinero?

En el medio de esta trama romántica, aparece el factor político: la Venezuela del "gendarme necesario". Al padre de Pablo Peralta, el Gobernador de Caracas lo invitó a un misterioso encuentro: se había develado una conspiración y había numerosos presos. Cuando el padre regresa a la casa, visiblemente abatido, el joven Peralta descubre manchas de sangre en los puños de su camisa. ¿Qué significaba aquella sangre? ¿Que el padre había

estado, acaso, entre los torturadores?

La duda no desaparecerá nunca de la mente de Peralta y se convierte en su propia tortura, y tratará siempre de indagar lo sucedido, sin fortuna. De ahí partió su viaje a Europa, para despejar el conflicto. El padre toma parte de otra conspiración, lo torturan, muere en la cárcel. Pablo Peralta se interroga: ¿fue, acaso, para expiar aquella culpa?

En un momento, la novela deja de ser novela y se convierte en ensayo, como el *Emilio*: ocurre en el capítulo "Americanismos". Es un diagnóstico del pueblo venezolano. El escritor traza las diferencias entre Europa y América, entre quienes tienen instituciones y entre quienes no las tienen. En nuestros países domina el azar, y de pronto surge un hombre, aparentemente héroe o santo. "Lo grave es que cuando en América nos damos cuenta de que el que creíamos héroe o santo es un simple criminal ya lo tenemos en la propia Presidencia de la República..." dice el escritor. Veamos los trazos del retrato:

...como un Gargantúa de pesadilla está espatarrado en la silla privilegiada mientras la afanosa cadena de cortesanos va y viene llevándole los manjares; le llevan dinero, joyas, comida, alcohol, mujeres, lisonjas, medallas, apodos adulatorios, chismes, cuentos cínicos, negocios, drogas afrodisíacas, discursos estafalarios, desfiles, delaciones, banderas o banderines, estadísticas falsas, proyectos administrativos insensatos, libros consagrados exclusivamente "a su gloria" —o simples

recortes de diarios pero muy, muy serviles— y mentiras, mentiras, mentiras".

Frente al gran despiernado en la silla, desfilan embajadores con condecoraciones y mensajes halagadores. El escritor ironiza los grandes calificativos: el de Restaurador, por ejemplo. O Ilustre, Serenísimo, Benefactor, Rehabilitador, Invicto, Caudillo, Único. Un día:

Desaparecerá el Restaurador, se cerrará el gran restaurante. Y el burdel y la casa de juegos y la agencia de negocios anexos. Cesarán las borracheras, las risotadas, los gritos de los torturados y el alarido escandaloso de las prostitutas. Cambiando guiños cínicos de menosprecio contra el amo de ayer, se dispersarán los aduladores.

Es el círculo del poder que se abre y se cierra, se repite o se frustra. Mijares lleva a la novela su refutación de la tesis del "gendarme necesario" con prosa menos panfletaria, como lo hizo José Rafael Pocaterra, pero con su mismos propósitos: el otro rostro, el verdadero, la depravación subterránea, de los regímenes de fuerza.

Era, en otras palabras, el ambiente "de pesimismo blasfematorio" en que se movía Pablo Peralta, el médico graduado en París que, a veces, parece pensar con el idealismo y la turbación de Reinaldo Solar. Peralta parece escapar de la tentación política. No sabe si José Laurencio Silva conspira o no conspira, pero en la fiesta del General Avendaño (un antiguo camaleón en desgracia, y por tanto conspirador) había

tenido la sospecha de que se tramaba un movimiento contra el dictador. Pablo Peralta oyó una noche las viejas palabras que tantos venezolanos oyeron con terror a través de los tiempos:

—“¡Dése preso!” Ahí comienza el vejamen. En la cárcel se encuentran Peralta y el viejo Silva, para sorpresa y congoja de éste. Ambos piensan inevitablemente en el mismo nombre: María Celeste. En el abandono, en la incertidumbre, en el acoso, la música monótona del arpa de Nereo (Pacheco, evidentemente) a quien llama Nereo Gómez, atormenta a los presos. Al primero que llaman para interrogar es a José Laurencio Silva, y al poco tiempo lo devuelven muerto, en una camilla, como para escarmiento, tortura mental y advertencia. Poco antes, el Dr. Silva le había dicho a Peralta que prefería el suicidio al vejamen, y que estaba preparado para esa muerte voluntaria: “...llevo conmigo, adheridas a la piel, no en los bolsillos porque podían quitármelas, dos cápsulas que son ...esa libertad”. Había muerto tranquilo, en todo caso, desde que Peralta le prometió casarse con María Celeste.

Todos los diálogos de la novela (cuando obvian la trama amorosa o personal, y ocurre con gran frecuencia) tienen una connotación política, la interpretación

de los fenómenos históricos, de las dictaduras o de las revoluciones, la educación, el entramado social, el mestizaje, o sea, el denominador común que domina el universo intelectual de Augusto Mijares. En la cárcel, uno de esos diálogos da la clave de por qué la novela se llama *Los adolescentes*. “...El hombre que deja de ser un adolescente se convierte en un derrotado, un perezoso, un cínico”.

La novela, en fin, rica es reflexiones e ideas, y se propone descifrar lo que el escritor llama “el enigma humano”, que no es otro que el enigma del hombre y de la historia venezolana, constantes en el pensamiento de Augusto Mijares.

BIBLIOGRAFÍA

Mijares, Augusto, “Estudio preliminar”, en *Derechos de la América del Sur y México*, de William Burke. Academia Nacional de la Historia, Caracas, MCMLIX.

—: “La oposición de las provincias de Caracas y Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana, prólogo”, en *Documentos relativos a la insurrección de Juan Francisco de León*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Caracas, 1949.

—: Introducción / *La Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830 / Misión de José Rafael Revenga como ministro de Hacienda*. Banco Central de Venezuela, Caracas, 1953.

—: “Prólogo”, en Juan Germán Roscio, *Obras*. Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Caracas, 1953.

—: *El Proyecto de América*. Discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Contestación de Arturo Uslar Pietri, Imp. El Cojo, Caracas, 1960.

—: *Vida romántica y romanticismo literario*. Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua. Contestación de Luis Beltrán Guerrero, Caracas, 1971.

—: *El Libertador*, Academia Nacional de la Historia / Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1987.

—: *La interpretación pesimista de la Sociología hispanoamericana*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1954.

—: *La luz y el espejo*, Ministerio de Educación, Caracas, 1974.

—: *Lo afirmativo venezolano*, Ministerio de Educación, Caracas, 1971.

— : *Los adolescentes* (Novela), Ediciones Ariel, Barcelona, 1958.

— : *Longitud y latitud*, Ediciones Horizonte, Caracas, 1971.

— : *Hombres e ideas en América*, Ministerio de Educación, Caracas, 1946.

— : *La evolución política de Venezuela / 1810-1960, en Venezuela Contemporánea*, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962.